

OCURRENCIAS CAPÍTULO XVII

497 Los frailes menores tienen la costumbre en ciertas épocas, la de cuaresma por ejemplo, de no comer carne en sus conventos. Pero, estando en viaje, como viven de limosna, tienen permiso para comer lo que se les ponga en su plato.

Sucedió, pues, que en uno de estos viajes, una pareja de hermanos llegó a cierto albergue en compartía de un traficante. Sentados ya a la mesa, debido a la pobreza de aquel albergue, lo único que se sirvió fue un pollo asado.

Viendo que la comida era poca y que apenas alcanzaría para él, el traficante se volvió hacia los frailes y les dijo:

—Si mal no recuerdo, en los días como hoy, vosotros no coméis ninguna clase de carne en vuestros conventos... Ante tales palabras, los buenos hermanos, se vieron obligados por su regla a confesar que en efecto aquello era verdad. Entonces el traficante vio cumplido su deseo y se comió todo el pollo. Los frailes miraron aquello poniendo el mejor semblante que pudieron. En seguida, terminado semejante almuerzo, los comensales se pusieron juntos, en camino, otra vez. En cierto momento del viaje, encontraron un río bastante ancho y profundo. Los tres iban a pie; los frailes por pobreza y humildad; el traficante, por avaricia.

Necesario fue, para comodidad de todos, que uno de los hermanos, después de haberse descalzado, tomara al traficante y lo llevara sobre sus hombros para hacerle pasar el río. El hermano dio sus sandalias al otro religioso para que se las guardara y cargó con el hombre.

Pero aconteció que cuando estaba en medio del río, el fraile se acordó de repente de su regla y deteniéndose en el agua, a la manera de San Cristóbal, volvió su rostro hacia el traficante y le dijo:

—Dime, por favor: ¿acaso llevas dinero sobre ti? ...

—¡Naturalmente! —respondió el otro. ¿Cómo te imaginas que un traficante como yo podría viajar sin dinero...

—¡Cuánto lo siento! ¡Nuestra regla nos prohíbe llevar dinero sobre nosotros! ... y, sin pensarlo más, lo arrojó al agua.

Esto le demostró al traficante que la injuria que él había hecho a los buenos hermanos había sido vengada pacíficamente, con risa bonachona. Y medio colorado de vergüenza, el traficante soportó la represalia. (C. A. 147, v.).

De un pintor a un cura.

498. Un cura recorría su parroquia un día de sábado santo bendiciendo las casas de sus feligreses según costumbre. En esto entró en la casa de un pintor rociando de agua bendita algunas de sus pinturas.

Indignado el pintor se volvió hacia él y le dijo: —¿Por qué hacéis esta aspersion a mis pinturas? ... Entonces el cura le dijo que ésta era la costumbre, que era su deber hacerlo, que él hacía el bien y que quien hace el bien debe esperar bien y mejor, puesto que es el propio Dios quien ha dicho que por cada bien que se haga en la tierra, en el cielo nos será dado el ciento por uno.

Oyendo esto, el pintor esperó que el cura saliera de su casa y asomándose luego a la ventana volcó sobre su cabeza un gran cubo de agua, exclamando:

—¡Recibe lo que viene de lo alto para pagarte tu "ciento por uno", tal como asegurabas que sucedería con el bien que me has hecho con tu agua bendita que casi ha echado a perder todas mis pinturas! ... (C. A. 117, r.).

El señor y el artesano.

499. Un artesano habiendo ido a visitar a un señor sin otro propósito que el de verlo, el señor le preguntó por qué había ido.

Entonces el artesano le dijo que había ido para darse un placer, que él, el señor, no podía proporcionarse. Porque mientras que él, como todos los hombres del pueblo, se podía dar el gusto de ver a gentes más importantes, el señor, en cambio, sólo podía tratar con inferiores y que por ello, los señores, se veían privados de un placer que estaba al alcance de las gentes sencillas. (R. 1283).

Respuesta de un pintor.

500. Se le pregunta a un pintor por qué, siendo que pintaba figuras tan hermosas, tenía hijos tan feos. El pintor contestó que las pinturas las hacía de día y los hijos los hacía de noche. (R. 1283). Dicho de perezoso.

Son. Alguien le dijo a otro, que tenía la costumbre de levantarse tarde, que debía imitar al sol y levantarse con él. Entonces el perezoso respondió:

–Si tuviera que hacer un viaje tan largo como él, también yo me levantaría temprano; pero para lo que tengo que hacer no me hace falta madrugar tanto.

Y siguió durmiendo. (R. 1292).

502. Alguien quería probar, apoyándose en la autoridad de Pitágoras, que ya había vivido en otra reencarnación.

Su interlocutor lo interrumpía y no le dejaba terminar su discurso. Entonces, fastidiado, le dijo:

–En esto conozco que también tú tuviste una reencarnación y que en tu vida anterior fuiste molinero.

A lo que el aludido contestó:

–Es verdad. Recuerdo perfectamente que tú eras el asno que transportaba la harina. (M. 58, r.).

La alegría del moribundo.

503. Un enfermo que se hallaba en artículo de muerte, oyó llamar a la puerta y preguntó a sus sirvientes quién era. Estos le dijeron que se trataba de una mujer de apellido Buena. Entonces el moribundo levantó los brazos al cielo, dio gracias a Dios, y pidió que la hicieran pasar en seguida. De este modo -dijo- tendré la dicha de ver una mujer buena, antes de morir. ¡Yo que en toda mi vida no había encontrado ninguna! (R. 1290).

Réplica.

504. Alguien hallándose ante una mujer presta a manejar escudo en combate, miró la fosa y al ver su lanza exclamó: -¡Ay de mí! ¡He aquí un obrero demasiado pequeño para una tienda tan grande! ... (T. 8, r.).

El amigo y el maldiciente.

505. Alguien dejó de pronto de frecuentar a uno de sus amigos porque éste tenía la costumbre de hablar mal de todas sus relaciones. El que así había sido abandonado, se lamentaba un día, rogando a su antiguo camarada que le dijera la razón que le había hecho romper tan vieja amistad. Y el otro le respondió:

"No deseo seguir frecuentándote porque busco tu propio bien. No quiero que les hables a los otros mal de mí siendo tu amigo y que ellos tengan de ti una impresión tan triste como la que yo

tengo. Si no nos vemos, la gente creará que nos hemos vuelto enemigos, y en tal caso tú podrás decir mal de mí, según tu costumbre, y no serás tan criticado como si la gente creyera que seguimos siendo amigos". (C. A. 300, v.).